# VICTORIANO CREMER EN SÍ MISMO: EL TEMA DE LA MUERTE

ÁNGEL R. FERNÁNDEZ
Universidad de Navarra

Victoriano Cremer anda ahora por los ochenta y dos años (en unos lugares aparece la fecha de 1906, en otros, la de 1907, como año de su nacimiento).

Es la suya una vida plena de humanidad en el más estricto sentido de la palabra. Vida de hombre al que puede acompañar aquel epitafio castellano que figura en uno de sus poemas:

> Aquí fue un hombre.
> Un hombre, nada menos,
> que vivió sin remedio y con sentido
> lo bastante para morir despacio

He de recordar su contribución al caudal poético de la poesía española, con más de una docena de libros importantes, le fueron valiendo los premios Boscán (1951), Mairena (1951), Ciudad de Barcelona (1951), Punta Europa (1956), Nacional de Poesía (1963), Leopoldo Panero (1963), etc.

Figura en doce antologías poéticas, desde aquella primera de 1948 que realizó Guillermo Díaz Plaja, pasando por las de Sainz de Robles, Castellet, Van Halen, Jiménez Martos, M.ª Dolores Asís hasta la de José Luis Cano (Lírica española de hoy, Madrid, Cátedra, 1980).

En la historia de la poesía española de la década de los cuarenta fue fundamental su aportación en la revista Espadaña, un intento renovador que orientó muchos quehaceres poéticos.

Quiero subrayar, además, dos puntos básicos:

Uno, que el poeta Cremer (dentro de las naturales variaciones y nuevos matices que son fruto de las cambiantes circunstancias biográficas de cada hombre) se mantiene a lo largo de estos cuarenta y pico de años fiel a sí mismo en

su expresión poética. Que es, como él mismo se define, un *obstinado*. Hay una canción del «Obstinado» en *Caminos de mi sangre*, donde dice:

> Yo no cambio lo mío por nada.
> Yo me salvo en mi mundo, desterrado
> de un azar amarillo de panteras,
> donde el aire es silbo y brotan dientes.
> y lenguas como hogueras.
> ¡No he de ceder!

Lo que intento es descubrir cuál es *el mito personal* del poeta. Para ello será preciso examinar casi toda su obra (primordialmente la primera etapa —años cuarenta— y la última —años setenta ochenta—) para averiguar cuáles son las imágenes o símbolos que se repiten obsesivamente.

De lo que vengo diciendo se desprende que —y éste es el segundo punto básico— aceptamos que en Cremer la relación Vida-Poesía es entrañable, radical.

A priori puede ya decir que la poesía cremeriana no es, fundamentalmente un intento de salvar el mundo (la llamada poesía social o testimonial) sino de *salvarse a sí mismo con los otros*. (Entiendo el término *salvar* en su sentido más amplio y referido a lo que en Estética se viene contraponiendo a *ludus*. Que la poesía no ha sido para Cremer un juego queda avalado por todo lo que ha dicho y escrito —en comentarios de Espadaña, en introducciones o contestaciones para Antologías, etc.— y por cuanto ha hecho.

Esta relación hombre-poesía es para Cremer un axioma. Si se le pregunta: ¿Qué es poesía para tí?

Dirá: Una necesidad.

Si el preguntador formula: «La poesía es siempre, siempre una forma de biografía», añadirá Cremer:

> El poeta se impone la necesidad y la obligación de explicar el Universo *desde sí mismo*. La poesía viene a reducirse o elevarse a la consideración de pura biografía... Y no porque exprese fielmente, estrictamente, las vivencias del poeta, sino porque cuenta —y canta— la vida general, que en el poeta adquiere unas resonancias específicas.
>
> La poesía es a través de mí. Y todo lo que no sea yo o no sea en mí, puede ser poesía, pero no mi poesía.

El uso de los símbolos, como medio para ponerse a sí mismo, expresar sus íntimas vivencias, es el procedimiento reiterado que emplea siempre Cremer. Incluso cuando pone a los demás —el nosotros— a través de sí mismo.

Pero, ¿cuál es la organización de los símbolos en la poesía de Cremer?

En mi opinión los símbolos «nodriza», los primeros, los que condicionan to-

do el sistema poético cremeriano, son los símbolos del *área semántica de la muerte*, de la *temporalidad*.

El propio autor dio esta respuesta a un encuestador que le interrogaba:

> —«¿Te asusta el tiempo y la muerte?
> —Mucho. De ahí mi tremendismo poético y novelístico. Me río de un entierro bien formado, pero con la angustia de saber mi finitud, con el temblor de esperar mi término. Me duele el sentimiento de la muerte en los costados del alma.»

Su primer libro, *Tacto sonoro*, de 1944, se abre con una visión del ámbito urbano en que vive el poeta. Pero tal ámbito se va reduciendo, en definitiva, a «la sombra, el desvelo, el silencio, las tinieblas, a la misma muerte:

¡Y la pueden enterrar
envuelta en sacos de arena,
con dos velillas de sebo
lamiéndole las orejas.
¡Déjala sola en su barro:
Y si enferma, que se muera!

En el tercer poema, «Cancionero del desánimo» se expresa la angustia personal:

¡Si hubiera muerto siquiera...!
¡Ay, si hubiera muerto!
No tendría esta angustia
ni este apretado cerco
de gritos,
ni este sordo
y siniestro merodeo
que ventea la sombra de mi sombra
como un perro
Todo se le convierte en presagio de la muerte:
¡Verlo todo! Sentirlo
como un clavo de fuego:
con estos viejos ojos enterrados
en sus fosas de cieno.

El poema cuarto anuncia ya en su título la presencia del tema de la muerte: «¿Y es eso sólo la muerte?», título y poema que sin duda están detrás de aquella frase ya citada en la que Cremer afirmaba: «Me río de un entierro bien formado, pero con la angustia de saber mi finitud».

El quinto, «Poemilla de la madre a la ventana», expresa en su primera parte

el gozo del niño que es rosa y nieve, gozo maternal que inmediatamente se convierte en presencia de la muerte:

¿Quién te puso cerco negro?
¡La noche roba a mi niño
la rosa de su color...!
Te miro y me da frío
lo morado de tu cara...

Es en este poema donde aparece el negro vencejo como emisario de la muerte, donde golpea el agua de plomo, y la estancia se adorna con la flor de una vela.

Las armas letales de la guerra —¡qué lejos de una admiración futurista!— son muerte en sí mismas: el submarino va dejando un reguerillo de sangre sobre la mar. Y el avión en picado es la misma muerte:

Yo sé que vienes a por mí,
berbiquí de lo hondo y de la nada,
ronca tuerca de espanto,
persigues mi carne apretada
de miedos contra la piel y el lodo...
Asesino de nieblas
inverso surtidor de fuego y muerte.

Hemos aludido antes a la dedicatoria entre vida y muerte, esperanza y desesperanza. Para confirmarla citamos ahora tres poemas que figuran a continuación de lo antes aludidos: «Canción serena», «Hombre bajo la lluvia» y «Hombre habitado». En este tercero hay una apelación a la transcendencia: «Al fin tu planta, Dios, en mi silencio/apretado de miedos como un bosque—», apelación que se reitera en otras ocasiones, sobre todo en la última etapa.

Dejando a un lado poemas como «Fábula de la persecución y muerte de Dillinger», relacionado con el tema de la muerte por el lado de la estética lorquiana y que no atañe muy directamente al poeta, abrimos las páginas del segundo de los libros publicado por Victoriano Cremer: *Caminos de mi sangre* (1947), y ya en el segundo poema, «Canción del obstinado» leemos estos dos versos:

Y el vivir (es) apretarse a la cintura
el toro irremediable de la muerte

El tercero, «Recuerdo de la nada», es una alegoría que presenta al hombre saliendo de la nada espesa y caliente, llegando de regreso de la muerte:

Empujando la niebla con los ojos y el alma,
esculpiendo niebla,

siendo él niebla maciza,
desesperada niebla...
Avanza lentamente. Soportándose muerto.
¡Sabiéndose arrojado a la vida!

Las dos últimas estrofas del largo poema preguntan reiteradamente:

¿Qué oíste, Hombre, en la Muerte, más allá de nosotros?
¿En quién apaciguaste tu terror de hombre muerto?

Cierra el libro la ya citada «Fábula de B. D.», llena de imágenes y símbolos de la muerte, de las muertes de ese apocalipsis que fue la guerra civil:

Sucede que la tierra es un destartalado cementerio
donde almacena el hombre sus muertos inservibles.
Sucede que la vida es un desazonado deshacerse.

En 1949 publica Cremer dos libros: *Las horas perdidas* y *La espada y la pared.*

El primero recoge el combativo y estremecedor poema «Bienaventurados los pobres», símbolo de unas vidas amenazadas continuamente por la muerte, porque hombre y muerte son términos intercambiables.

En el segundo es donde, de un modo claro, se comprueba que la vivencia de la muerte abarca en Cremer no sólo la finitud personal, la temporalidad del *yo*, sino la del *nosotros*, que el poeta introyecta y luego nos la devuelve hecha ya una sola vivencia con la suya propia. Este aspecto se suma al que ya hemos subrayado en «Bienaventurados los pobres».

El primer poema de este segundo libro es el que se titula «Las Madres», que comienza así:

¡Ya no es posible verte —¡oh tierra fría!
¡oh triste comentario abandonado!—
sin rasgarse los ojos. Sangre has dado
lluviosamente Sangre y agonía.

Porque bien muerta estás, ¡oh Patria! mía

La Patria es el símbolo de todas las madres individuales, que vieron como la misma luz se convertía en escombros de luz, y el amor en «furias y rejas», y el alba se aparecía ensangrentada, y los cuchillos amenazaban el aire.

Pero tampoco la muerte respeta a las madres, a la madre:

> Refulgía tu cuerpo
> como una viva espada, desnuda, ante la muerte
> que, insensible a tu angustia,
> a tus manos crujientes, a tu voz tormentosa,
> seguía profanando tu dolor y tu casa,
> pisándote los ojos.

Ese cerco de la muerte convierte a los seres en puro espanto:

> Te veo persiguiendo mi sombra entre las rejas
> gritándome tus miedos,
> aullándome tu amor, desesperadamente,
> dejándome en el alma un fuerte olor a lágrimas
> y a besos degollados

El miedo de morir invade el sueño y el sueño es la misma muerte:

> El silencio de la cárcel
> anuncia la madrugada
> Todos duermen. ¿Duermen? ¿Mueren?

La mirada se espanta, porque todo en torno es «una gran tierra sembrada de hijos muertos».

En *La espada y la pared*, último libro de esta primera etapa poética de Cremer, el propio título presagia ya la sangre y la muerte súbita. El libro se cierra con el «Canto total a España» lleno de devoción desde la Castilla inevitable que es un

> trozo vivo, en el que muero
> abrazado al temblor de su estructura

También en estos versos España es acosada por lunas amarillas y fugitivas nieblas, y es abanderada por *la verde agonía* de los chopos minerales.

En nombre de todos se pide tener a España como sea, incluso «como un amor desesperado que se abraza a una muerte», porque España es «como una gran voz de Dios para toda la tierra», voz de Dios a la que se reza temblorosamente

> ¡Para que en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu
> España de anarquistas y de obispos, áspera y espléndida
> nos tengas a la hora de la muerte,
> a tu diestra...!

Quedaría en entredicho mi afirmación de que en la poesía de Cremer es la vivencia de la muerte la que genera y estructura si no demostrase que también en los libros de poemas, que quieren ser esperanzados (por ejemplo, *Nuevos Cantos de vida y esperanza* o *Furia y Paloma*) la presencia de los símbolos de la muerte es casi constante.

Es en esa fusión de la esperanza —de la vida— y la desesperanza —la muerte— donde queda probado que si el mito personal del poeta es la vivencia de la muerte es porque ama la vida y porque esa misma muerte es la afirmación de la vida, vida a la que no se renuncia aunque esté llena de sombras, de noche, de soledades, silencio y miserias y hambres.

El hombre —afirma el poeta en sus versos— es un antiguo volcán que arrastra y aguanta la vida. El llanto es el atributo de su ser. Pero hay que gritar la esperanza en esos nuevos cantos de vida. No por ello la humanidad deja de sufrir, y en ese mismo libro el poema «Las Carbonerillas» lo pone de manifiesto, o el otro dedicado a «La Virgen de mi calle»: «Que llevaba un hijo muerto por las calles», y cuya soledad es mayor que la de la nieve en la sombra, la del grito por el aire y la estrella caída en el camino. Virgen sola «como están las madres / cuando tienen un hijo asesinado entre los brazos».

En el centro de *Canto de vida y esperanza*, el poeta afirma:

Gastado, por el uso y por la pena,
el corazón entrega su latido
a este querer antiguo, malquerido,
que tan gozosamente me condena.
Sencillamente vengo hasta mi muerte
con el dolor profundo de haber sido
sólo una voz que el viento desordena.

En definitiva:

Muere quien ama, quien disputa a golpes
su derecho a la vida, malmuriendo

Voz de una muerte soy, no de la mía
que aun convivo con el hombre sucesivo,
que aun me tengo, agarrado a las raíces
fundamentales, que esperando, vivo

El desasosiego que produce el ir y venir de la esperanza al desaliento, de la luz a las sombras, se palpa aún con mayor claridad en el poema «Madrigal para la calle de mi muerte» que cierra el libro *Nuevas Canciones para Elisa*, y que a su vez marca la transición a la tercera etapa, la que llega hasta nosotros desde 1971.

En la etapa primera la biografía y las circunstancias históricas se fundían y mostraban con protesta airada, a veces.

Ahora en la tercera, la de *Lejos de esta lluvia tan amarga*, 1971, *Los Cercos*, 1976, junto con *Última instancia*, 1984, la emoción es más reflexiva y aparece una cierta aceptación resignada como si una mayor fuerza interior, aunque sin perder dinamismo el lenguaje, amortiguase las voces.

Es, por otra parte, llamativo el hecho de que la lluvia que en general funciona como un símbolo positivo, ligado siempre a la vida, sea en el primer poemario, y de forma constante, el símbolo de lo negativo, de la muerte.

En el poema, «Canto llano para armonium electrónico», el poeta platica anticipadamente con el Niño Jesús que va a nacer y le advierte que no venga a la tierra porque la realidad del mundo y la verdad del hombre es muy triste:

Estamos condenados
a morir entre escombros
fulminados
por los terribles padres de la paz

Finalmente se acepta que venga a la tierra:

Pues que lo quieres, nace.

Pero al mismo tiempo:

Seguiremos negándonos,
vendiéndonos,
matándonos, muriéndonos, muriendo

El desánimo, en esta lucha a brazo partido, invade a veces al poeta y se sienta «En son de huelga» a morir. Este poema termina así:

Yo aquí me quedo, esperando,
renunciando, en mi rincón...
¡Que baje Dios y me vea!
Esto es morir. Se acabó.
Seguiremos viviendo
con la esperanza a cuestas.

El segundo, *Los Cercos*, de 1976, empalma con la primera etapa en la que ya Cremer hablaba de *cercos* como acechos malignos (en *Tacto sonoro* aparece dos veces).

Aquí, ahora, *los cercos* son muchos e insistentes. Y aquí —tal como se afir-

ma en el primer poema— se ensombrecen y se sumen todos en el cerco definitivo que es el del silencio: «La tierra trasterrada se abandona al cerco del silencio».

El último poema de *Los Cercos extraños* se titula «Ausencia vengativa» y está dividido en tres soledades. La primera se abre así:

¡Cuánta tristeza comprende lo último!
Felices son aquellos que conjuran
la muerte y nada saben...

La segunda soledad:

Digo: Morir es bueno, compañero.
Y me entrego a vivir como es posible
...conteniendo entre sollozos
el tiempo que se va entre las manos

La última soledad expresa la lucha entre la luz y la sombra, entre la vida y la muerte:

La sombra
rinde la deslumbrada claridad.
Morimos de deseos de vivir.
...
Nos deciden
los cercos mudos pero inapelables.
Rebotamos de cielo a barro. Lluvia
desde los cerros del deseo
para morir sin causa.

Tras *Los cercos extraños* viene *El cerco de los silencios*, con seis poemas que reiteran obsesivamente la misma vivencia.

El tercer apartado del libro es ya el propio cerco de la muerte, arropado por el cerco de la sangre, de las hambres, de las avaricias y de la soledad radical (*«irremediablemente muerte sola»*).

En este *cerco de la muerte* el poeta se ve a sí mismo morir:

Así —lo digo con tristeza—
observaré a mi alrededor sombras
de color incierto...
Entonces será el crujir de dientes,
el sollozo cubriendo de cenizas
este postrer instante.

Cumplido el ciclo, aún resta un *Cerco inútil*, más allá de la muerte o para después de la muerte. Es el Testamento, en donde una vez más se dice:

El hombre solamente abarca cuatro días
y muere de una sola agonía

Resta un libro: *Última instancia*, aparecido por vez primera en la edición antológica —eso dice el autor— de la Colección Provincia, León 1984.

Entre los poemas destaco la «Elegía a la muerte de un ferroviario» (el padre del poeta). Son versos llenos de temblor y ternura y sabor a muertes:

Como una tierra, el hombre acoge muerte y muerte,
vive de muerte en muerte.
Pozo de muertes son hasta los bordes,
muerte con sabor de muerte

Dos poemas más anticipan el sentimiento de la posible propia muerte: «Letanía del bien morir» y «Muerte en el quirófano»:

Me entrego a la aventura de escuchar
los ecos que la muerte va dejando
como un rumor de agua negra...

La muerte es de cada día.
Muerdo el tallo del aire
y a muerte me sabe...

En este trance supremo la angustia le hace clamar por las realidades más profundas: por la Madre y por Dios:

Digo: ¡Dios mío!
Añado: ¡Madre!
Claramente veo
caer la muerte sobre mí como una nieve
seca, silenciosa...

Al cerrar este recorrido, tan esquemático por fuerza del espacio y tiempo impuestos, queda, sin embargo, patente que la vivencia de la muerte es el eje del quehacer poético de V. Cremer.